

SAN AGUSTÍN DE HIPONA SOBRE LA FE Y EL SÍMBOLO

Los artículos del Símbolo se explican cuidadosamente, con la crítica a los herejes que se oponen a la fe católica, especialmente a los maniqueos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Causa y propósito de la presente obra. Puesto que está escrito y firmemente establecido por la autoridad más robusta de la disciplina apostólica, que el justo vive por la fe (Habac. II, 4; Gál. III, 11); y esa fe exige de nosotros el deber tanto del corazón como de la lengua; pues dice el Apóstol, con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación (Rom. X, 10): debemos ser conscientes tanto de la justicia como de la salvación. Ya que no podemos ser salvados de este presente siglo maligno, a menos que, esforzándonos por la salvación de los demás, también confesemos con la boca la fe que llevamos en el corazón: debemos prever con pía y cauta vigilancia que esta fe no pueda ser violada en nosotros por las fraudulentas astucias de los herejes. La fe católica es conocida por los fieles en el Símbolo, y se ha confiado a la memoria con la brevedad que la materia ha permitido: para que a los que comienzan y son como niños de pecho, aquellos que han renacido en Cristo, aún no fortalecidos por el trato y conocimiento diligente y espiritual de las Escrituras divinas, se les estableciera en pocas palabras lo que debía ser expuesto en muchas a los que progresan y se elevan con firmeza de humildad y caridad hacia la doctrina divina. Bajo esas pocas palabras establecidas en el Símbolo, muchos herejes han intentado ocultar su veneno: pero la divina misericordia ha resistido y resiste a través de hombres espirituales, que han merecido no solo recibir y creer la fe católica en esas palabras, sino también entenderla y conocerla con la revelación del Señor. Pues está escrito, si no creéis, no entenderéis (Isai. VII, 9, según LXX). Pero el tratamiento de la fe sirve para proteger el Símbolo: no para que sea memorizado y transmitido en lugar del Símbolo a los que reciben la gracia de Dios; sino para que lo que se retiene en el Símbolo sea custodiado contra las insidias de los herejes con la autoridad católica y una defensa más fortalecida.

CAPÍTULO II.

2. Que no hubo naturaleza coeterna a Dios, de la cual hizo el mundo. Cómo el mundo fue hecho de la nada, si fue hecho de materia informe. Algunos han intentado persuadir que Dios Padre no es omnipotente: no porque se atrevan a decirlo, sino porque se les convence de sentir y creer esto en sus tradiciones. Pues cuando dicen que hay una naturaleza que Dios omnipotente no creó, de la cual sin embargo fabricó este mundo, que conceden está bellamente ordenado; niegan así que Dios sea omnipotente, al no creer que pudo hacer el mundo sin usar otra naturaleza que ya existía y que él no había hecho, para fabricarlo: con la costumbre carnal de ver a los artesanos y constructores de casas y a cualquier obrero, que no pueden llegar al efecto de su arte sin ser ayudados por la materia preparada. Así también entienden que el creador del mundo no es omnipotente, si no pudiera fabricar el mundo sin que alguna naturaleza no fabricada por él, como materia, lo ayudara. O si conceden que Dios es omnipotente y creador del mundo, deben admitir que hizo lo que hizo de la nada. Pues no puede haber algo cuyo creador no sea, siendo omnipotente. Porque incluso si hizo algo de algo, como al hombre del barro, ciertamente no lo hizo de lo que él no había hecho; porque la tierra de donde es el barro, la hizo de la nada. Y si hizo el cielo y la tierra, es decir, el mundo y todo lo que hay en él, de alguna materia, como está escrito, que hiciste el mundo de materia invisible (Sab. XI, 18), o incluso informe, como sostienen algunos ejemplares; de ningún modo se debe creer que esa misma materia de la que fue hecho el mundo, aunque informe, aunque invisible, de cualquier modo que fuera, pudiera existir por sí misma, como coeterna y

coeva a Dios: sino que cualquier modo que tuviera, para que de algún modo existiera y pudiera recibir las formas de las cosas distintas, no lo tenía sino del Dios omnipotente, por cuyo beneficio es cosa no solo cualquier cosa formada, sino también cualquier cosa formable. Entre lo formado y lo formable hay esta diferencia, que lo formado ya ha recibido forma, lo formable puede recibirla. Pero quien da forma a las cosas, también da el poder de ser formadas: porque de él y en él está la especie más hermosa de todas, inmutable; y por eso él es el único que atribuye a cualquier cosa no solo que sea bella, sino también que pueda ser bella. Por lo tanto, creemos con toda razón que Dios hizo todo de la nada: porque incluso si el mundo fue hecho de alguna materia, esa misma materia fue hecha de la nada, para que por el ordenadísimo don de Dios se hiciera primero la capacidad de las formas, y luego se formaran las cosas que fueron formadas. Esto lo hemos dicho, para que nadie piense que las sentencias de las Escrituras divinas son contrarias entre sí, ya que está escrito que Dios hizo todo de la nada, y que el mundo fue hecho de materia informe.

3. Creyendo, pues, en Dios Padre omnipotente, debemos pensar que no hay criatura que no haya sido creada por el omnipotente. Y porque todo lo creó por el Verbo, que se llama Verdad (Juan XIV, 6), y Virtud y Sabiduría de Dios (I Cor. I, 24), y se insinúa con muchos otros nombres que nos recomiendan a Jesús Cristo nuestro Señor, nuestro libertador y rector, el Hijo de Dios; pues aquel Verbo por el cual todas las cosas fueron creadas, no pudo ser engendrado sino por aquel que por él creó todas las cosas.

CAPÍTULO III.

Por qué se dice Verbo del Hijo de Dios. Que el Verbo es lo mismo que el Padre. Creemos también en Jesucristo Hijo de Dios, unigénito del Padre, es decir, único, nuestro Señor. Sin embargo, no debemos entender ese Verbo como nuestras palabras, que al ser pronunciadas con voz y boca, al golpear el aire, pasan, y no permanecen más tiempo del que suenan. Pues ese Verbo permanece inmutablemente: ya que de él se dijo, cuando se hablaba de la Sabiduría, permaneciendo en sí misma, renueva todas las cosas (Sab. VII, 27). El Verbo del Padre se dice así porque por él se da a conocer el Padre. Así como con nuestras palabras hacemos que nuestro ánimo se dé a conocer al oyente cuando hablamos la verdad, y cualquier cosa secreta que llevamos en el corazón se manifiesta al conocimiento de otro a través de tales signos: así esa Sabiduría, que Dios Padre engendró, porque por ella se da a conocer a los ánimos dignos el secretísimo Padre, se llama muy adecuadamente su Verbo.

4. Sin embargo, entre nuestro ánimo y nuestras palabras, con las que intentamos mostrar ese mismo ánimo, hay una gran diferencia. Nosotros no engendramos palabras sonoras, sino que las hacemos; y para hacerlas, la materia subyacente es el cuerpo. Pero hay una gran diferencia entre el ánimo y el cuerpo. Dios, en cambio, cuando engendró el Verbo, engendró lo que él mismo es; ni de la nada, ni de alguna materia ya hecha y creada; sino de sí mismo lo que él mismo es. Esto es lo que intentamos hacer cuando hablamos, si consideramos diligentemente el deseo de nuestra voluntad; no cuando mentimos, sino cuando hablamos la verdad. Pues, ¿qué otra cosa intentamos, sino introducir nuestro mismo ánimo, si es posible, para que sea conocido y percibido por el ánimo del oyente: de modo que, permaneciendo en nosotros mismos, sin alejarnos de nosotros, sin embargo, produzcamos tal indicio, por el cual se haga en otro nuestro conocimiento; para que, en la medida en que se nos concede la facultad, como si se produjera otro ánimo desde el ánimo por el cual se indica? Esto hacemos intentando con palabras, y con el mismo sonido de la voz, y con el rostro, y con el gesto del cuerpo, deseando mostrar lo que está dentro con tantos artificios: porque no podemos producir algo así, y por eso el ánimo del que habla no puede ser conocido completamente; de donde también se abre lugar a las mentiras. Pero Dios Padre, que verdaderamente quiso y pudo

indicarse a los ánimos que lo conocerían, para indicarse a sí mismo engendró lo que él mismo es: que también se llama su Virtud y Sabiduría, porque por él obró y dispuso todas las cosas; de quien se dice, por eso, alcanza de un extremo al otro con fortaleza, y dispone todas las cosas suavemente (Sab. VIII, 1).

CAPÍTULO IV.

5. El Hijo de Dios no fue hecho ni es menor que el Padre. Crear y fundar es lo mismo. Por qué el Hijo de Dios se hizo hombre. Contra la herejía de los maniqueos. Todo el hombre asumido por el Verbo. Nacimiento de Cristo de una mujer. Contra los maniqueos. Por lo tanto, el unigénito Hijo de Dios, no fue hecho por el Padre; porque como dice el evangelista, todas las cosas fueron hechas por él (Juan I, 3): ni fue engendrado en el tiempo: porque Dios eternamente sabio, eternamente tiene consigo su sabiduría: ni es inferior al Padre, es decir, en algo menor; porque también el Apóstol dice, quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como usurpación (Filip. II, 6). Con esta fe católica se excluyen aquellos que dicen que el mismo Hijo es el que es el Padre; porque este Verbo no podría estar con Dios sino con el Padre Dios, y no es igual a nadie que es único. También se excluyen aquellos que dicen que el Hijo es una criatura, aunque no como las demás criaturas. Pues por grande que digan que es la criatura, si es criatura, fue creada y hecha. Porque crear y fundar es lo mismo: aunque en el uso del idioma latino a veces se dice crear por engendrar; pero el griego lo distingue. Esto es lo que llamamos criatura, lo que ellos llaman κτίσμα ο κτίσιν: y cuando queremos hablar sin ambigüedad, no decimos crear, sino fundar. Por lo tanto, si el Hijo es criatura, por grande que sea, fue hecho. Pero nosotros creemos en aquel por quien todas las cosas fueron hechas, no en aquel por quien fueron hechas las demás: pues aquí no podemos entender de otro modo todas las cosas, sino todo lo que fue hecho.

6. Pero porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14); esa misma Sabiduría que fue engendrada de Dios, se dignó también ser creada entre los hombres. A esto se refiere aquello, el Señor me creó en el principio de sus caminos (Prov. VIII, 22). Pues el principio de sus caminos es la cabeza de la Iglesia, que es Cristo revestido de hombre, por quien se nos dio un ejemplo de vida, es decir, el camino seguro por el cual llegaríamos a Dios. No podíamos regresar sino por la humildad, quienes caímos por la soberbia, como se dijo a nuestra primera criatura, probad, y seréis como dioses (Gen. III, 5). Por lo tanto, este ejemplo de humildad, es decir, el camino por el cual debíamos regresar, nuestro Reparador se dignó mostrar en sí mismo, quien no consideró el ser igual a Dios como usurpación, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filip. II, 6, 7); para que el hombre fuera creado en el principio de sus caminos, el Verbo por el cual todas las cosas fueron hechas. Por lo tanto, según lo que es unigénito, no tiene hermanos: pero según lo que es primogénito, se dignó llamar hermanos a todos los que después de su primacía y por ella renacen en la gracia de Dios por la adopción de hijos (Luc. VIII, 21), como la disciplina apostólica lo recomienda (Hebr. II, 11). Por lo tanto, el Hijo natural nacido de la misma sustancia del Padre es único, siendo lo que el Padre es; Dios de Dios, Luz de Luz: pero nosotros no somos luz naturalmente, sino que somos iluminados por esa Luz, para que podamos brillar con sabiduría. Pues era, dice, la Luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I, 9). Añadimos, pues, a la fe de las cosas eternas también la dispensación temporal de nuestro Señor, que se dignó llevar y ministrar por nuestra salvación. Pues según lo que es unigénito Hijo de Dios, no se puede decir, fue y será; sino solo, es: porque lo que fue, ya no es; y lo que será, aún no es. Él, por lo tanto, es inmutable sin la condición de los tiempos y la variedad. Ni creo que de otra fuente provenga aquello que insinuó a su siervo Moisés tal nombre suyo. Pues cuando le preguntó, si el pueblo al que era enviado lo despreciaba, de quién debía decir que había sido enviado; recibió la respuesta del que decía,

Yo soy el que soy. Luego añadió, Esto dirás a los hijos de Israel, El que es, me envió a vosotros (Éxod. III, 14).

7. De lo cual ya confío que a los ánimos espirituales les queda claro, que no puede haber naturaleza contraria a Dios. Pues si él es, y de solo Dios se puede decir propiamente esta palabra (pues lo que verdaderamente es, permanece inmutable; ya que lo que se cambia, fue algo que ya no es, y será lo que aún no es), nada tiene Dios contrario. Pues si se nos preguntara qué es contrario a lo blanco, responderíamos negro: si se nos preguntara qué es contrario a lo caliente, responderíamos frío: si se nos preguntara qué es contrario a lo veloz, responderíamos lento; y cosas semejantes. Pero cuando se pregunta qué es contrario a lo que es, se responde correctamente lo que no es.

8. Pero porque por la dispensación temporal, como dije, para nuestra salvación y reparación, operando la benignidad de Dios, nuestra naturaleza mutable fue asumida por esa inmutable Sabiduría de Dios, añadimos a la fe de las cosas temporales saludablemente realizadas por nosotros, creyendo en aquel Hijo de Dios que nació por el Espíritu Santo de la virgen María. Pues por el don de Dios, es decir, por el Espíritu Santo, se nos concedió tanta humildad de tan gran Dios, que se dignó asumir todo el hombre en el seno de la virgen, habitando el cuerpo materno íntegro, dejándolo íntegro. A esta dispensación temporal muchos herejes insidiosamente se oponen. Pero si alguien mantiene la fe católica, de modo que crea que todo el hombre fue asumido por el Verbo de Dios, es decir, cuerpo, alma, espíritu, está suficientemente protegido contra ellos. Pues como esta asunción fue realizada por nuestra salvación, se debe tener cuidado de no creer que algo nuestro no pertenece a esta asunción, para que no pertenezca a la salvación. Y como el hombre, excepto por la forma de los miembros, que se atribuyen diferentes a los diversos géneros de animales, no se diferencia del animal sino por el espíritu racional, que también se llama mente; ¿cómo es sana la fe que cree que asumió de nosotros lo que tenemos en común con el animal, pero no asumió lo que se ilumina con la luz de la sabiduría, y que es propio del hombre?

9. También son detestables aquellos que niegan que nuestro Señor Jesucristo tuvo madre María en la tierra, cuando esa dispensación honró a ambos sexos, masculino y femenino, y mostró que a la atención de Dios pertenece no solo lo que asumió, sino también aquel por quien lo asumió, siendo hombre, naciendo de mujer. Ni nos obliga a negar a la madre de Cristo lo que él dijo, ¿Qué tengo yo contigo, mujer? aún no ha llegado mi hora (Juan II, 4). Pero más bien nos advierte que entendamos que según Dios no tuvo madre, cuya majestuosa persona se preparaba para mostrar al convertir el agua en vino. Pero lo que fue crucificado, fue crucificado según el hombre; y esa era la hora, que aún no había llegado, cuando se dijo, ¿Qué tengo yo contigo? aún no ha llegado mi hora, es decir, en la que te reconozca. Pues entonces, crucificado como hombre, reconoció a la madre como hombre, y humanamente la encomendó al discípulo más amado (Id. XIX, 26, 27). Ni nos debe mover aquello, que cuando se le anunció su madre, y sus hermanos, respondió, ¿Quién es mi madre, o quiénes son mis hermanos, etc. (Mat. XII, 48)? Sino que más bien nos enseñe que nuestro ministerio, por el cual ministramos la palabra de Dios a los hermanos, cuando los padres lo impiden, no deben ser reconocidos. Pues si alguien pensara que no tuvo madre en la tierra porque dijo, ¿Quién es mi madre? se vería obligado a negar también que los Apóstoles tuvieron padres en la tierra, porque les mandó diciendo: No llaméis padre a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre que está en los cielos (Id. XXXIII, 9).

10. Ni debe disminuir nuestra fe esa consideración de las entrañas femeninas, para que por eso parezca que debe rechazarse tal generación de nuestro Señor, que los impuros consideran impura. Porque el Apóstol dice muy verdaderamente que la necedad de Dios es más sabia que

los hombres (I Cor. I, 25), y todas las cosas son puras para los puros (Tit. I, 15). Por lo tanto, deben considerar, quienes piensan esto, los rayos del sol, que ciertamente no alaban como criatura de Dios, sino que adoran como Dios, difundirse por los fétidos olores de las cloacas y por cualquier cosa horrible en todas partes, y operar en ellas según su naturaleza, sin embargo, no se contaminan con ninguna contaminación, siendo la luz visible más naturalmente unida a las suciedades visibles: cuánto menos, por lo tanto, podía ser contaminado el Verbo de Dios, no corpóreo ni visible, del cuerpo femenino, donde asumió la carne humana con el alma y el espíritu, por los cuales interviene la majestad del Verbo en la fragilidad del cuerpo humano más secretamente. De donde es manifiesto que de ningún modo pudo ser contaminado el Verbo de Dios por el cuerpo humano, por el cual ni siquiera el alma humana fue contaminada. Pues no cuando gobierna el cuerpo y lo vivifica, sino cuando desea sus bienes mortales, el alma se contamina del cuerpo. Si quisieran evitar las manchas del alma, temerían más bien estas mentiras y sacrilegios.

CAPÍTULO V.

11. Pasión de Cristo y sepultura. Resurrección de Cristo. Pero la humildad de nuestro Señor al nacer fue poca para nosotros: también se dignó morir por los mortales. Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. II, 8); para que ninguno de nosotros, aunque pudiera no temer a la muerte, temiera algún tipo de muerte que los hombres consideran la más ignominiosa. Creemos, por tanto, en aquel que fue crucificado bajo Poncio Pilato y sepultado. Era necesario añadir el nombre del juez, para el conocimiento de los tiempos. Al creer en aquella sepultura, se hace memoria del nuevo sepulcro, que daría testimonio de la novedad de vida al resucitar, así como el vientre virginal al nacer. Pues así como en aquel sepulcro no fue sepultado ningún otro muerto (Juan XIX, 41), ni antes ni después; así en aquel vientre, ni antes ni después, se concibió nada mortal.

12. Creemos también que al tercer día resucitó de entre los muertos, primogénito de los hermanos que le seguirían, a quienes llamó a la adopción como hijos de Dios (Efes. I, 5), a quienes se dignó hacer partícipes y coherederos suyos.

CAPÍTULO VI.

13. Ascensión al cielo. Creemos que ascendió al cielo, lugar de bienaventuranza que también nos prometió, diciendo: Serán como ángeles en los cielos (Mat. XXII, 30), en aquella ciudad que es madre de todos nosotros, Jerusalén eterna en los cielos (Gál. IV, 26). Sin embargo, suele ofender a algunos, ya sean gentiles impíos o herejes, que creamos que un cuerpo terrenal fue asumido al cielo. Pero los gentiles a menudo intentan discutir con nosotros usando argumentos de filósofos, diciendo que algo terrenal no puede estar en el cielo. No conocen nuestras Escrituras, ni saben cómo se dijo: Se siembra cuerpo animal, resucita cuerpo espiritual. No se dijo así como si el cuerpo se convirtiera en espíritu y se hiciera espíritu; porque incluso ahora nuestro cuerpo, que se llama animal, no se ha convertido en alma ni se ha hecho alma. Pero se entiende por cuerpo espiritual aquel que está tan sometido al espíritu que conviene a la morada celestial, habiendo sido transformada y convertida toda fragilidad y mancha terrenal en pureza y estabilidad celestial. Esta es la transformación de la que también habla el Apóstol: Todos resucitaremos, pero no todos seremos transformados. Enseña que esta transformación no se hace para peor, sino para mejor, cuando dice: Y nosotros seremos transformados (I Cor. XV, 44, 51, 52). Pero dónde y cómo está el cuerpo del Señor en el cielo, es muy curioso e innecesario preguntar; solo se debe creer que está en

el cielo. No es de nuestra fragilidad discutir los secretos de los cielos, sino de nuestra fe tener pensamientos sublimes y honorables sobre la dignidad del cuerpo del Señor.

CAPÍTULO VII.

14. Sentado a la derecha del Padre. Creemos también que está sentado a la derecha del Padre. Sin embargo, no se debe pensar que Dios Padre está circunscrito en forma humana, de modo que al pensar en Él nos venga a la mente un lado derecho o izquierdo; ni se debe pensar que cuando se dice que el Padre está sentado, lo hace con las rodillas dobladas, para no caer en aquel sacrilegio que el Apóstol execró en aquellos que cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de hombre corruptible (Rom. I, 23). Porque es un sacrilegio colocar tal imagen de Dios en un templo cristiano; mucho más es nefario en el corazón, donde verdaderamente está el templo de Dios, si se limpia de la codicia terrenal y el error. Por lo tanto, se debe entender que estar a la derecha significa estar en la suma bienaventuranza, donde hay justicia, paz y gozo: así como los cabritos se colocan a la izquierda (Mat. XXV, 33), es decir, en la miseria, por las iniquidades, trabajos y tormentos. Por lo tanto, cuando se dice que Dios está sentado, no se refiere a la posición de los miembros, sino que significa el poder judicial, del cual esa majestad nunca carece, siempre otorgando lo digno a los dignos; aunque en el juicio final la claridad indudable del unigénito Hijo de Dios, juez de vivos y muertos, será mucho más manifiesta entre los hombres.

CAPÍTULO VIII.

15. Venida para el juicio. Creemos también que vendrá de allí en el momento más conveniente, y juzgará a vivos y muertos. Ya sea que estos nombres signifiquen justos y pecadores; o que se llame vivos a aquellos que encontrará en la tierra antes de la muerte, y muertos a los que resucitarán en su venida: esta dispensación temporal no es solo, como aquella generación según Dios; sino que también fue, y será. Pues nuestro Señor estuvo en la tierra, y ahora está en el cielo, y será en gloria el juez de vivos y muertos. Así vendrá, como ascendió, según la autoridad contenida en los Hechos de los Apóstoles (Hech. I, 11). Por lo tanto, de esta dispensación temporal habla en el Apocalipsis, donde está escrito: Esto dice el que es, y que era, y que ha de venir (Apoc. I, 8).

CAPÍTULO IX.

16. Sobre la fe en el Espíritu Santo. Misterio de la Trinidad. Se explica con similitudes. Profesión de fe cristiana. Opinión de algunos sobre el Espíritu Santo, que es la misma deidad del Padre y del Hijo: Santidad de santificar. Así pues, habiendo sido ordenada y recomendada a la fe tanto la generación divina de nuestro Señor como la dispensación humana, se añade a nuestra confesión, para perfeccionar la fe que tenemos en Dios, el Espíritu Santo, no de menor naturaleza que el Padre y el Hijo, sino, por así decirlo, consustancial y coeterno; porque esta Trinidad es un solo Dios: no para que el Padre sea el mismo que el Hijo y el Espíritu Santo; sino para que el Padre sea Padre, y el Hijo sea Hijo, y el Espíritu Santo sea Espíritu Santo, y esta Trinidad sea un solo Dios, como está escrito: Escucha, Israel, el Señor tu Dios, Dios es uno (Deut. VI, 4). Sin embargo, si se nos pregunta por cada uno, y se nos dice, ¿Es Dios el Padre? responderemos, Dios. Si se pregunta si el Hijo es Dios, responderemos lo mismo. Y si se hace tal pregunta sobre el Espíritu Santo, no debemos responder otra cosa que Dios: cuidando mucho de no entenderlo como se dijo de los hombres, Vosotros sois dioses (Sal. LXXXI, 6). Porque no son naturalmente dioses, quienesquiera que sean hechos y creados por el Padre a través del Hijo por el don del Espíritu Santo. Pues la misma Trinidad se significa cuando el Apóstol dice: Porque de él, y por él, y en él son todas

las cosas (Rom. XI, 36). Aunque, por lo tanto, cuando se nos pregunta por cada uno respondemos que es Dios de quien se pregunta, ya sea el Padre, el Hijo o el Espíritu Santo; sin embargo, nadie debe pensar que adoramos tres dioses.

17. No es de extrañar que se digan estas cosas sobre la naturaleza inefable, ya que incluso en aquellas cosas que percibimos con los ojos corporales y juzgamos con el sentido corporal, sucede algo similar. Pues cuando se nos pregunta sobre la fuente, no podemos decir que ella misma sea el río; ni cuando se nos pregunta sobre el río podemos llamarlo fuente; y nuevamente, la bebida que es de la fuente o del río, no podemos llamarla río ni fuente: sin embargo, en esta trinidad la llamamos agua, y cuando se pregunta por cada una, respondemos individualmente agua. Pues si pregunto si hay agua en la fuente, se responde agua; y si preguntamos si hay agua en el río, no se responde otra cosa, y en esa bebida no puede haber otra respuesta: sin embargo, no decimos tres aguas, sino una. Ciertamente, se debe tener cuidado de que nadie piense en la sustancia inefable de aquella majestad como si fuera esta fuente visible y corporal o el río o la bebida. Pues en estos casos, el agua que ahora está en la fuente sale al río, y no permanece en sí misma; y cuando pasa del río o de la fuente a la bebida, no permanece allí de donde se toma. Por lo tanto, puede suceder que la misma agua pertenezca ahora a la denominación de fuente, ahora a la de río, ahora a la de bebida: mientras que en aquella Trinidad dijimos que no puede suceder que el Padre sea alguna vez el Hijo, alguna vez el Espíritu Santo; así como en un árbol no es la raíz sino raíz, ni el tronco es otra cosa que tronco, ni las ramas sino ramas podemos decir: pues lo que se llama raíz, no puede llamarse tronco y ramas; ni la madera que pertenece a la raíz puede, por algún tránsito, estar ahora en la raíz, ahora en el tronco, ahora en las ramas, sino solo en la raíz: mientras que permanece la regla del nombre, que la raíz es madera, y el tronco es madera, y las ramas son madera; sin embargo, no se dicen tres maderas, sino una. O si estas tienen alguna disimilitud, de modo que puedan no absurdamente llamarse tres maderas, debido a la diversidad de firmeza; ciertamente todos conceden que si de una fuente se llenan tres copas, se pueden llamar tres copas, pero no se pueden llamar tres aguas, sino una sola agua; aunque al ser preguntado por cada copa, en cualquiera de ellas respondas que hay agua: aunque aquí no hay tránsito, como aprendimos del río a la fuente. Pero estos ejemplos corporales no se dan por la semejanza de aquella naturaleza divina, sino por la unidad de las cosas visibles, para que se entienda que puede suceder que algunas tres cosas no solo individualmente, sino también juntas, obtengan un solo nombre singular; y que nadie se asombre ni considere absurdo que digamos que Dios es el Padre, Dios el Hijo, Dios el Espíritu Santo, y sin embargo no tres dioses en esta Trinidad, sino un solo Dios y una sola sustancia.

18. Y sobre el Padre y el Hijo, muchos libros han sido escritos por hombres doctos y espirituales, quienes, en la medida en que los hombres pueden a los hombres, y de qué manera no es uno el Padre y el Hijo, sino que son uno; y qué es propiamente el Padre, y qué el Hijo, han intentado insinuar: que aquel es el generador, este el engendrado; aquel no es del Hijo, este es del Padre; aquel es el principio de este, por lo cual también se dice cabeza de Cristo (I Cor. XI, 3), aunque también Cristo es principio (Juan VIII, 25), pero no del Padre; este es la imagen de aquel (Col. 1, 15), aunque de ninguna manera diferente y completamente igual. Estos temas se tratan más extensamente por aquellos que no desean explicar tan brevemente como nosotros la profesión de toda la fe cristiana. Por lo tanto, en cuanto es Hijo, recibió del Padre ser, mientras que aquel no recibió del Hijo: y en cuanto asumió la naturaleza humana, una criatura mutable que ciertamente será transformada para mejor, con una misericordia inefable, en una dispensación temporal, se encuentran muchas cosas dichas de él en las Escrituras de tal manera que han llevado a las mentes impías de los herejes, que desean enseñar antes que conocer, al error, para que piensen que él no es igual al Padre, ni de

la misma sustancia, tales como aquellas, Porque el Padre es mayor que yo (Juan XIV, 28); y, La cabeza de la mujer es el hombre, la cabeza del hombre es Cristo, y la cabeza de Cristo es Dios (I Cor. XI, 3); y, Entonces el mismo se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas (I Cor. XV, 28); y, Voy a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios (Juan XX, 17); y algunas otras cosas de este tipo: todas estas cosas se han puesto, no para significar una desigualdad de naturaleza y sustancia, para que no sean falsas aquellas, Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30); y, El que me ha visto, ha visto al Padre (Juan XIV, 9); y, El Verbo era Dios; porque no fue hecho, ya que todas las cosas fueron hechas por él (Juan I, 1, 3); y, No consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse; y otras cosas semejantes: pero aquellas se han puesto, en parte por la administración del hombre asumido, por la cual se dice, Se despojó a sí mismo (Filip. II, 6); no porque aquella Sabiduría haya sido cambiada, siendo completamente inmutable; sino porque quiso darse a conocer a los hombres de manera tan humilde: en parte, por lo tanto, por esta administración, aquellas cosas se escribieron de esa manera, de las cuales los herejes calumnian; en parte porque el Hijo debe al Padre lo que es, debiéndole también al Padre que es igual o par a él; pero el Padre no debe a nadie lo que es.

19. Sobre el Espíritu Santo, sin embargo, aún no se ha discutido tan copiosamente y con tanto cuidado por los doctos y grandes tratadistas de las Escrituras divinas, para que se pueda entender fácilmente también su propiedad, por la cual no podemos llamarlo ni Hijo ni Padre, sino solo Espíritu Santo; excepto que lo proclaman como don de Dios, para que creamos que Dios no da un don inferior a sí mismo. Sin embargo, mantienen que no predicán al Espíritu Santo como engendrado como Hijo del Padre; porque Cristo es único: ni del Hijo como nieto del Padre supremo: ni obstante, lo que es, no debe a nadie, sino al Padre, de quien son todas las cosas; para que no establezcamos dos principios sin principio, lo cual es falsísimo y absurdísimo, y no propio de la fe católica, sino del error de algunos herejes. Sin embargo, algunos se han atrevido a creer que la misma comunión del Padre y del Hijo, y, por así decirlo, la deidad, que los griegos llaman *θεότητα*, es el Espíritu Santo: para que, puesto que el Padre es Dios y el Hijo es Dios, la misma deidad, por la cual se unen y aquel engendrando al Hijo y aquel adhiriéndose al Padre, se iguale a aquel de quien es engendrado. Por lo tanto, dicen que esta deidad, que también quieren entender como el amor mutuo y la caridad de ambos, se llama Espíritu Santo, y aportan muchos documentos de las Escrituras a esta opinión suya; ya sea aquel que dice, Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5); o muchos otros testimonios semejantes; y por el mismo hecho de que por el Espíritu Santo somos reconciliados con Dios, de donde también cuando se dice don de Dios, quieren significar suficientemente que el amor de Dios es el Espíritu Santo. Porque no somos reconciliados con él, sino por el amor, por el cual también somos llamados hijos (I Juan III, 1): ya no bajo el temor como siervos, porque el amor perfecto echa fuera el temor (I Juan IV, 18); y hemos recibido el Espíritu de libertad, en el cual clamamos, Abba Padre (Rom. VIII, 15). Y porque reconciliados y llamados de nuevo a la amistad por el amor (Rom. V, 8-10) podremos conocer todos los secretos de Dios, por eso se dice del Espíritu Santo, Él os guiará a toda la verdad (Juan XVI, 13). Por eso también la confianza para predicar la verdad, con la cual fueron llenos en su venida los Apóstoles (Hech. II, 4), se atribuye correctamente al amor; porque también la desconfianza se da al temor, que la perfección del amor excluye. Por eso también se dice don de Dios (Efes. III, 7), porque de lo que uno sabe no disfruta, a menos que también lo ame. Disfrutar de la sabiduría de Dios no es otra cosa que adherirse a ella con amor: ni nadie permanece en lo que percibe, sino por amor; y por eso se dice Espíritu Santo, porque se santifican para permanecer todas las cosas que se santifican, y no hay duda de que se llama santidad por santificar. Máxime, sin embargo, usan aquel testimonio los defensores

de esta opinión, que está escrito: Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es (Juan III, 6): porque Dios es Espíritu (Juan IV, 24). Aquí, en efecto, habla de nuestra regeneración, que no es según Adán de la carne, sino según Cristo del Espíritu Santo. Por lo tanto, si en este lugar se hizo mención del Espíritu Santo, cuando se dijo: Porque Dios es Espíritu: advierten que no se dijo, Porque el Espíritu es Dios; sino, Porque Dios es Espíritu; para que en este lugar se entienda que la misma deidad del Padre y del Hijo es el Espíritu Santo. A esto se añade otro testimonio que dice el apóstol Juan: Porque Dios es amor (I Juan IV, 16). También aquí no dijo, El amor es Dios; sino, Dios es amor; para que se entienda que la misma deidad es amor. Y que en aquella enumeración de cosas conectadas entre sí, donde se dice: Todas las cosas son vuestras, vosotros de Cristo, y Cristo de Dios (I Cor. III, 22, 23); y, La cabeza de la mujer es el hombre, la cabeza del hombre es Cristo, y la cabeza de Cristo es Dios, no se hace mención del Espíritu Santo; dicen que esto se debe a que la conexión misma no suele numerarse entre las cosas conectadas. Por lo tanto, en aquel lugar también parecen reconocer la Trinidad misma quienes leen con más atención, cuando se dice: Porque de él, y por él, y en él son todas las cosas (Rom. XI, 36). De él, como de aquel que no debe a nadie lo que es; por él, como por el mediador; en él, como en aquel que contiene, es decir, una por la conexión.

20. A esta sentencia se oponen aquellos que consideran que esta comunión, que llamamos deidad, amor o caridad, no es sustancia: buscan que se les explique el Espíritu Santo según la sustancia, sin entender que no podría haberse dicho, Dios es amor, si el amor no fuera sustancia. Se dejan llevar por la costumbre de las cosas corporales; ya que si dos cuerpos se unen, de modo que se coloquen uno junto al otro, esa unión no es un cuerpo; puesto que, al separarse los cuerpos que estaban unidos, no se encuentra ninguna unión: sin embargo, no se entiende que haya desaparecido o migrado, como esos cuerpos. Pero tales personas deben purificar su corazón, tanto como puedan, para que puedan ver que en la sustancia de Dios no hay algo tal, como si hubiera allí una sustancia y otra cosa que le ocurra a la sustancia y no sea sustancia; sino que todo lo que allí se pueda entender, es sustancia. Sin embargo, estas cosas pueden decirse fácilmente y creerse: pero no pueden verse de ninguna manera, a menos que se tenga un corazón puro. Por lo tanto, ya sea que esta sentencia sea verdadera, o que sea otra cosa, la fe inquebrantable debe mantenerse, para que digamos que Dios es Padre, Dios es Hijo, Dios es Espíritu Santo; y no tres dioses, sino que esta Trinidad es un solo Dios; ni diferentes en naturaleza, sino de la misma sustancia; ni que el Padre sea a veces el Hijo, a veces el Espíritu Santo; sino que el Padre siempre es Padre, el Hijo siempre es Hijo, y el Espíritu Santo siempre es Espíritu Santo. No afirmemos temerariamente algo sobre lo invisible como si lo supiéramos, sino como creyentes; ya que no pueden verse a menos que el corazón esté purificado: y quien los ve en esta vida en parte, como se ha dicho, y en enigma (I Cor. XIII, 12), no puede hacer que también lo vea aquel a quien habla, si está impedido por las impurezas del corazón. Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Esta es la fe sobre Dios nuestro creador y renovador.

21. Pero ya que el amor no solo nos es mandado hacia Dios, cuando se dijo, Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente; sino también hacia el prójimo; pues, Amarás, dice, a tu prójimo como a ti mismo (Luc. X, 27): si esta fe no mantiene la congregación y sociedad de los hombres, en la que opere la caridad fraterna, es menos fructuosa.

CAPÍTULO X.

La Iglesia católica. Remisión de los pecados. Transformación completa del hombre en la resurrección. Resurrección de la carne. Se confirma la verdad de la futura resurrección. Creemos también en la santa Iglesia, ciertamente católica. Pues tanto los herejes como los cismáticos llaman iglesias a sus congregaciones. Pero los herejes, al tener falsas opiniones sobre Dios, violan la misma fe; los cismáticos, en cambio, se separan de la caridad fraterna por divisiones injustas, aunque crean lo que nosotros creemos. Por lo tanto, ni los herejes pertenecen a la Iglesia católica, que ama a Dios; ni los cismáticos, porque aman al prójimo; y por eso perdonan fácilmente los pecados del prójimo, porque oran para que se les perdone a ellos por aquel que nos reconcilió consigo, borrando todo lo pasado y llamándonos a una vida nueva: la cual, hasta que la alcancemos en su perfección, no podemos estar sin pecados: sin embargo, importa qué tipo de pecados sean.

22. No es momento de tratar sobre la diferencia de los pecados, sino de creer firmemente que de ninguna manera se nos perdonarán los pecados que cometemos, si somos inexorables para perdonar los pecados (Mat. VI, 15). Por lo tanto, creemos también en la remisión de los pecados.

23. Y puesto que el hombre consta de tres cosas, espíritu, alma y cuerpo: que a su vez se dicen dos, porque a menudo el alma se nombra junto con el espíritu; pues una parte de ella, la racional, que las bestias no tienen, se llama espíritu: nuestro principal es el espíritu; luego, la vida por la cual nos unimos al cuerpo, se llama alma; finalmente, el mismo cuerpo, porque es visible, es lo último nuestro. Pero toda esta criatura gime y sufre dolores de parto hasta ahora (Rom. VIII, 22): sin embargo, ha recibido las primicias del espíritu, porque ha creído en Dios, y ya es de buena voluntad. Este espíritu también se llama mío, del cual dice el Apóstol, Con la mente sirvo a la ley de Dios (Rom. VII, 25). Quien también en otro lugar dice, Porque Dios es mi testigo, a quien sirvo en mi espíritu (Id. I, 9). Pero el alma, cuando aún desea bienes carnales, se llama carne. Pues una parte de ella resiste al espíritu, no por naturaleza, sino por la costumbre de los pecados. Por eso se dice, Con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado. Esta costumbre se ha convertido en naturaleza según la generación mortal por el pecado del primer hombre. Por eso está escrito, Y nosotros éramos por naturaleza hijos de ira (Ephes. II, 3), es decir, de venganza, por la cual se hizo que sirviéramos a la ley del pecado. Pero la naturaleza del alma es perfecta cuando se somete a su espíritu, y cuando sigue al que sigue a Dios. Por eso el hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios (I Cor. II, 14). Pero el alma no se somete tan rápidamente al espíritu para la buena obra, como el espíritu a Dios para la verdadera fe y la buena voluntad: pero a veces su impulso, que fluye hacia lo carnal y temporal, se frena más lentamente. Pero ya que también ella se purifica, recibiendo la estabilidad de su naturaleza bajo el dominio del espíritu, que es su cabeza, a cuya cabeza es cabeza Cristo, no se debe desesperar de que también el cuerpo sea restituido a su naturaleza propia: pero ciertamente no tan rápidamente como el alma, así como tampoco el alma tan rápidamente como el espíritu; sino en el tiempo oportuno en la última trompeta, cuando los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Y por eso creemos también en la resurrección de la carne; no solo porque se repara el alma, que ahora se llama carne por las afecciones carnales; sino también esta carne visible que naturalmente es carne, cuyo nombre el alma no ha recibido por naturaleza, sino por las afecciones carnales: esta, pues, visible, que propiamente se llama carne, sin duda debe creerse que resucitará. Parece que el apóstol Pablo la señala casi con el dedo, cuando dice, Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción. Pues cuando dice, esto, parece señalarla con el dedo. Lo que es visible, eso puede señalarse con el dedo: ya que también el alma podría llamarse corruptible; pues se corrompe por los vicios de las costumbres. Y esto mortal se vista de inmortalidad (Id. XV, 52 y 53), cuando se lee, se

significa la misma carne visible, porque en ella igualmente se señala como con el dedo. Pues también el alma, así como corruptible por los vicios de las costumbres, también puede llamarse mortal. La muerte del alma es apostatar de Dios (Eccli. X, 14): lo cual es su primer pecado en el paraíso, contenido en las Sagradas Escrituras.

24. Resucitará, pues, el cuerpo según la fe cristiana, que no puede fallar. A quien esto le parece increíble, atiende a cómo es ahora la carne, pero no considera cómo será: porque en aquel tiempo de transformación angélica ya no será carne y sangre, sino solo cuerpo. Pues cuando el Apóstol hablaba de la carne, dice, Otra carne de animales, otra de aves, otra de peces, otra de serpientes; y cuerpos celestiales, y cuerpos terrestres. No dijo, y carne celestial; sino, y cuerpos celestiales y terrestres. Toda carne también es cuerpo, pero no todo cuerpo es también carne: primero en estos terrestres, porque la madera es cuerpo, pero no carne: del hombre o del animal es tanto cuerpo como carne: en los celestiales, en cambio, no hay carne, sino cuerpos simples y luminosos, que el Apóstol llama espirituales; algunos los llaman etéreos. Y por eso no contradice a la resurrección de la carne aquello que dice, La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios; sino que predica cómo será lo que ahora es carne y sangre. A la naturaleza en la que esta carne puede convertirse, quien no cree que pueda convertirse, debe ser conducido por grados a la fe. Pues si le preguntas si la tierra puede convertirse en agua; por la cercanía no le parece increíble. Nuevamente, si preguntas si el agua puede convertirse en aire; tampoco esto le parece absurdo; pues son cercanos entre sí. Y si se pregunta sobre el aire si puede convertirse en un cuerpo etéreo, es decir, celestial; ya la misma cercanía persuade. Lo que, por estos grados, concede que puede hacerse, que la tierra se convierta en un cuerpo etéreo, ¿por qué no, con la voluntad de Dios, por la cual el cuerpo humano pudo caminar sobre las aguas, puede hacerse rápidamente, como se ha dicho, en un abrir y cerrar de ojos, sin tales grados, como a menudo el humo se convierte en llama con maravillosa rapidez? Pues nuestra carne ciertamente es de la tierra: pero los filósofos, cuyos argumentos a menudo resisten a la resurrección de la carne, quienes afirman que ningún cuerpo terrenal puede estar en el cielo, conceden que cualquier cuerpo puede convertirse y transformarse en cualquier cuerpo. Con esta resurrección del cuerpo hecha, liberados de la condición del tiempo, disfrutaremos de la vida eterna con inefable caridad y estabilidad sin corrupción. Entonces se cumplirá lo que está escrito: La muerte ha sido absorbida en victoria. ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, muerte, tu contienda? (I Cor. XV, 39, 40, 50-54).

25. Esta es la fe que en pocas palabras se da a los nuevos cristianos en el Símbolo. Estas pocas palabras son conocidas por los fieles, para que creyendo se sometan a Dios, sometidos vivan rectamente, viviendo rectamente purifiquen su corazón, y con el corazón purificado entiendan lo que creen.